

aclamaciones del circo, y las adulatoras voces del pueblo? Todo se ha desvanecido. Sopló la tempestad y despojó al árbol de sus hojas, haciendo vacilar sus raíces; y es tanta la violencia del viento, que conmoviendo todos sus ramos, amenaza postrarlo enteramente en el suelo. ¿Dónde están ahora los fingidos amigos? ¿dónde los banquetes, los manjares esquisitos y las copas rebosando vino en los aparadores y en las mesas, á que se acercaban enjambres de adultores, acostumbrados á decir y hacer cuanto era del agrado del que mandaba? No fueron todas estas cosas mas que sueños de una noche, que se disiparon al acercarse el dia: no fueron mas que flores de la primavera, marchitas al terminar su estacion: sombras fueron que pasaron, humo que se desató en el viento, apariencias que se han perdido, polvo que el huracan arrebató. ¡Oh, con cuánta razon debemos repetir á cada instante las palabras del Espiritu divino: *Vanidad de vanidades, y todo vanidad!* Esta sentencia debiera estar escrita en las plazas públicas y en las calles, en las casas y en los muros, en los atrios y en las puertas, en nuestros vestidos, y, lo que es mas, en la conciencia de cada uno, para que fuese el objeto de sus constantes meditaciones: ella convendria tenerse presente en los negocios; y deberia repetirse en los convites y en las asambleas, diciéndose los hombres incesantemente los unos á los otros: Vanidad de vanidades, y todo vanidad. ¿No te decia yo, hombre infeliz, que las riquezas eran fugitivas? No me diste crédito, y ahora la esperiencia te enseña, que no solo son fugitivas, sino tambien matadoras. Mira cuál te tienen, recelando perder por ellas á cada instante la vida. ¿No te aseguraba (cuando tanto te ofendias de la sinceridad de mis palabras) que mi amistad era mas sincera que la de tus adultores, y que mis repreciones nacian de un amor verdadero, que ellos no te profesaban? ¿No te anunciaba que son preferibles las heridas de una mano amiga, que los besos de una boca traidora? Si hubieras soportado mis golpes, no te hubieran traído á perdicion esas caricias: mis heridas producen la salud, y aquellos ósculos dolencias incurables. ¿Dónde están, dí, tus festivos parásitos, dónde los soldados que en las plazas te abrian paso entre la muchedumbre del pueblo, dónde los que allí prorumpian en vivas y aclamaciones? Huyeron; renegaron de tu amistad; y ahora para ponerse en cobro, aumentan con sus acusaciones tus peligros. No así nosotros, no; te sufrimos perseguidor, cuando estabas revestido de autoridad; y ahora que lastimosamente has caído de ella, te amparamos y protegemos. La Iglesia á quien hostilizaste te ofrece un asilo en su seno; y los teatros en que compraste tantos aplausos y los que dieron motivo á que nos persiguieras, los teatros te han abandonado y te han vendido. Recuerda que no cesaba yo de decirte: ¿Qué haces, desdichado? no te ensañes contra la Iglesia: mira que corres á tu ruina. ¡Y tú despreciabas mis consejos! Esa multitud, en quien derramaste tantos tesoros, está armada para quitarte la vida, en tanto que la Iglesia, objeto de tu encono y aversion, se afana y apresura para librarte de los lazos que te rodean.”

No pretendia el orador sagrado aumentar, con esta entrada viva y vigorosa, los peligros de Eutropio, que temblando y lleno de pavor apenas podia defender al pié del altar su vida, amenazada por un pueblo